

# Mariátegui: los movimientos sociales y la democracia

En nuestro tiempo, José Carlos Mariátegui es reconocido como un clásico del pensamiento latinoamericano. Su lectura resulta inagotable ya que siempre es susceptible de aportar elementos valiosos para nuestras búsquedas actuales. En este texto se ensaya una aproximación a sus planteamientos sociopolíticos y se ponen de manifiesto algunos de sus alcances más originales a fin de encontrar inspiración en la necesaria elaboración de un proyecto democrático radical para nuestros países.

ALFONSO IBÁÑEZ

**“El artista de la revolución siente la necesidad de interpretar el sueño oscuro de las masas, la ruda gesta de la muchedumbre”.**

*José Carlos Mariátegui*

# M

ás que el rastreo histórico minucioso de las diversas manifestaciones del movimiento social a comienzos del Siglo XX en el Perú, aquí vamos a ensayar una aproximación al modo como el mismo Mariátegui instaure un estilo de relación muy peculiar con los distintos movimientos sociales de su tiempo. Interesa destacar, en este sentido, una manera de hacer política que puede adquirir para nosotros un valor arquetípico y que nos puede introducir, por eso mismo, en un movimiento autocrítico de los enfoques políticos predominantes



en nuestro medio, que muchas veces se muestran como manejos más o menos autoritarios y paternalistas del “material humano”. En contraste con ello, él siempre buscó establecer una relación horizontal, dialogal y democrática, impulsando la auto-organización de los diferentes sujetos sociales y políticos, ya que la realización del proyecto histórico socialista no era la obra de un individuo o caudillo, ni tan sólo de una elite esclarecida o de un partido político, sino una tarea colectiva que requería de un imaginario compartido en la lucha cotidiana por dar nacimiento a un nuevo orden social.

### Un agonista del socialismo

Antes que nada conviene recordar que la interpretación creadora del marxismo del Amauta se contrapone a la concepción economicista y fatalista de la II Internacional y de los partidos socialdemócratas. La razón fundamental estriba, tal vez, en que la lectura determinista de la teoría de Marx aceptaba y fomentaba la pasividad de las masas proletarias. A la inversa de esta apatía, el consabido “voluntarismo” y hasta “idealismo” del marxismo de Mariátegui encuentra su asidero en el reconocimiento consecuente del valor creativo de la iniciativa política en la historia y en la importancia excepcional que otorga al poder de la libre subjetividad en la transformación social.<sup>1</sup> De ahí que ese marxismo de los “factores subjetivos”, que cultivó tan tenazmente, aparezca como un esfuerzo agónico y heroico plenamente enraizado en la lucha de clases de los trabajadores. El socialismo no podía ser el resultado de una simple bancarrota del capitalismo, al modo de una catástrofe natural, sino el producto de un sostenido trabajo de creación histórica.

Al poseer una conciencia histórica radical, Mariátegui alienta una generosa apertura a las más diversas corrientes de pensamiento y de acción a escala mundial, con la sola condición de que refuercen su concepción revolucionaria de las cosas. Así es como opera, sin

---

1. Al respecto ver mi trabajo sobre “Análisis y utopía en Mariátegui”, en A. Ibañez, *Para repensar nuestras utopías* Lima, Tarea-Sur, 1993. Cf. también de A. Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui* Lima, DESCO, 1982, donde señala que “el verbo ‘agonizar’ es una especie de ‘llave’ del mariateguismo”, p. 14.

---

caer en un fácil sincretismo, una “asimilación creadora” de las múltiples adquisiciones culturales de su época. Lo cual explica su acercamiento a la visión agónica de la existencia de Unamuno, al vitalismo nietzscheano o bergsonian, al historicismo croceano, al psicoanálisis, al surrealismo o a los planteamientos sorelianos. Pero de igual modo se remite al indigenismo y a los aportes de la cultura andina, a fin de efectuar una síntesis propia entre tradición y modernidad, ya que el marxismo, en tanto que movimiento internacionalista, tenía que refundarse continuamente a partir de las situaciones concretas y en función de la iniciativa creadora de las clases explotadas. No por otro motivo el marxismo del propio Mariátegui se reformulará en el intento de contribuir a la construcción del movimiento socialista en el Perú, para lo cual consideraba que era indispensable infundir en los trabajadores una “voluntad heroica de creación y de realización” histórica.<sup>2</sup>

### La potencialidad del campesinado indígena

La adecuación del marxismo a las coordenadas espacio-temporales del Perú pasa en Mariátegui por un momento crítico en la búsqueda del sujeto histórico revolucionario, ya que según la comprensión europea del antagonismo de las clases, el proletariado industrial era el que estaba llamado a constituirse en el protagonista del proyecto socialista. En esta óptica, el mismo Mariátegui, en algunos escritos a su retorno de Europa, opone el colectivismo que crece en las ciudades al individualismo y tradicionalismo que estimula el campo. Llega a señalar incluso, dentro de esta orientación, que “la última batalla entre el individualismo y el socialismo se librará, tal vez, entre la ciudad y el campo”.<sup>3</sup> De modo que el campesinado que-

---

2. En su “Mensaje al Congreso Obrero” de 1927 expone que “las derrotas, los fracasos del proletariado europeo tienen su origen en el positivismo mediocre con que pábidas burocracias sindicales y blandos equipos parlamentarios cultivaron en las masas una mentalidad sanchopanesca y un espíritu poltrón. Un proletariado sin más ideal que la reducción de las horas de trabajo y el aumento de los centavos del salario, no será nunca capaz de una gran empresa histórica... El espíritu revolucionario es un espíritu constructivo”. *Ideología y Política* (Obras Completas No. 13), p. 116.

3. Consultar, por ejemplo, sus apreciaciones sobre el fracaso de la revolución alemana en Baviera en *Historia de la Crisis Mundial* (O.C. No. 8, p. 77) o su artículo sobre Gorky y Rusia en *La Escena Contemporánea* (O.C. No. 1, p. 173).



daba así subestimado, y prácticamente descartado, para una posible acción revolucionaria anticapitalista. Sin embargo, la realidad peruana le enseñará bien pronto que este asunto no se planteaba de la misma manera que en otras latitudes. Lo cual provoca un “salto cualitativo” en su itinerario intelectual y político, ya que como él mismo dijera: “la tradición la crean los que la niegan para renovarla y enriquecerla”.

En efecto, a finales de 1924, Mariátegui ejecuta una especie de “ruptura” epistemológica y política de hondas repercusiones en lo que concierne a esta problemática, pues esto le conducirá, como advierte Oscar Terán,<sup>4</sup> a la reformulación de las duplas dialécticas internacionalismo-nacionalismo y urbanismo-agrarismo. Y es que por aquel entonces llega al reconocimiento de lo que valorará como el problema primario del Perú: el problema del indio.<sup>5</sup> Al interior del mismo gesto de reconocimiento de la cuestión indígena irresuelta, detecta con aguda conciencia el “problema nacional”, ya que el Perú le resultaba ser todavía, según su bella expresión, “un concepto por crear”. Todo lo cual le sumergirá en una relectura, con clave marxista, de la historia del Perú, desde lo que él denomina como el “comunismo agrario de los Inkas” hasta los tiempos contemporáneos. A través de esta vasta operación de “aclimatación” del marxismo, la propuesta socialista terminará emergiendo del suelo patrio y de la misma realidad nacional. Justamente porque Mariátegui piensa hallar los elementos germinales del socialismo no sólo en la contradicción capital-trabajo, que suponía el desarrollo industrial capitalista, sino también en la supervivencia de las tradiciones comunales del campesinado indígena. Tan es así que, lejos de representar el último reducto del individualismo burgués, el campesinado indígena se erigía en una fuerza auténticamente socialista para la revolución peruana, para el “socialismo indoamericano”.

---

4. O. Terán, “Latinoamérica: naciones y marxismo”, en la revista *Socialismo y Participación* No. 11, Lima, 1980, pp. 173-175.

5. En la exclusión del indio de la vida nacional residía el “drama del Perú contemporáneo”. Y este descubrimiento no era el producto de la sola reflexión de Mariátegui, sino también la recepción del impacto causado por las sublevaciones campesinas del momento. Cf. Manuel Burga y Alverto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la república aristocrática*, Ed. Rickchay Perú, 1979, pp. 114-129.

---

## Un estilo político singular

El proyecto socialista en el Perú imponía la tarea de construir un nuevo sujeto revolucionario en base a la soldadura de las demandas proletario-urbanas con las indígenas-agrarias. Dentro de su lectura antieconomicista del concepto de clase, esta soldadura podía conseguirse a través de un tenaz trabajo de educación política y de organización autónoma. Por eso la práctica política en Mariátegui no encaja bien dentro de una visión “partidocéntrica” y orientada a la inmediata “toma del poder” del Estado. Él percibía, en cambio, la necesidad de actuar dentro de los movimientos sociales que surgían en la formación social peruana. Para lo cual había que tener muy en cuenta la especificidad y consolidación orgánica de las tres grandes fuerzas sociales que había que vincular: el naciente movimiento obrero, el disperso y heterogéneo movimiento campesino y la vanguardia intelectual e indigenista. Ya que de la futura unificación democrática de estas corrientes y de otras más, como la del movimiento de los empleados del sector servicios o del movimiento magisterial, dependía la cristalización del bloque nacional-popular. Con razón ha indicado Carlos Franco que el “secreto” de su quehacer político consistía en la estrecha articulación de los sujetos colectivos, viendo en ellos a los portadores del proyecto nacional y socialista.<sup>6</sup>

En esta concepción de la política como “el arte de la confluencia”, la democracia, la nación y el socialismo no se construyen únicamente “desde arriba” ni, principalmente, desde la administración del Estado, pues no sería otra cosa que una abstracción burocrática o una ficción jurídica. Al cuestionar el paradigma estatal de la política, esta construcción debía emprenderse “desde abajo”, en el seno de la sociedad civil y en el proceso de autoproducción de los diferentes sujetos sociales que iban convergiendo en el mismo proyecto histórico. Frente a la abdicación histórica de la burguesía nativa,

---

6. C. Franco, “Sobre la idea de nación en Mariátegui”, en *Socialismo y Participación* No. 11, pp. 204-208. Para una reflexión actualizada de este estilo de hacer política en Latinoamérica se puede ver: Jorge Alonso, “La convergencia, constitutivo del movimiento popular”, en la revista *Sociedad y Estado* No. 4 y 5, Guadalajara, 1992.



aparecía nítidamente la exigencia de configurar un nuevo “bloque histórico” socialista, arraigado en un movimiento nacional-popular capaz de cuestionar la hegemonía del bloque gamonalista, oligárquico e imperialista. Se trataba de propiciar, para tal fin, una articulación social democrática, al mismo tiempo que se impulsaba la cohesión simbólica que podía cimentarse en el mito de la revolución social, en la utopía socialista; ya que en esta perspectiva, peruanizar al Perú equivalía a realizar al Perú en tanto que nación socialista.

### La concepción “antijacobina”

Como ha sido subrayado por José Aricó, en la lectura “sintomal” de su comportamiento político, Mariátegui no visualiza la praxis revolucionaria en base a las “minorías ilustradas”, sino en consonancia con la irrupción en la vida nacional de un movimiento social autónomo y democráticamente constituido, con una “voluntad colectiva” propia de regeneración de la nación peruana por medio de la revolución socialista.<sup>7</sup> Motivo por el cual, combatiendo los estilos verticales y autoritarios, concibe una forma no aristocrática de establecer la relación entre los intelectuales y los trabajadores que es un principio firme para llevar a cabo la “reforma intelectual y moral” de los grupos subalternos y que le sirve para auspiciar diversos espacios de encuentro orgánico, ya sean sindicales, políticos o culturales. Al respecto habría que aludir a la revista *Amauta* con su densa red de colaboradores nacionales e internacionales y al quincenario *Labor*, más orientado a la organización obrera y campesina, así como a la fundación de la Confederación General de Trabajadores. Esto se hace patente también en su persistente tarea de educación política de los diferentes sujetos sociales, para lo cual fomentaba las

---

7. Aquí retomamos algunos puntos centrales del estudio de J. Aricó en torno a “Mariátegui y la formación del partido socialista en el Perú”, en *Socialismo y Participación* No. 11.

Posteriormente Aricó escribió que “el problema del Perú no será ya la liberación de una nación irredenta, ni la autodeterminación de una nacionalidad oprimida, sino la incorporación democrática de las masas populares marginadas a un proceso constitutivo de la nacionalidad, que podía y debía necesariamente fundirse en un proyecto socialista”. “El marxismo en América Latina”, en *Socialismo, Autoritarismo y Democracia*, IEP-CLACSO, 1989, p. 127.

---

modalidades de “autoeducación” que contribuían a la formación de la conciencia de clase.<sup>8</sup> Precisamente porque lo que importaba era que los propios trabajadores decidieran su emancipación y la construcción de una nueva sociedad más justa y solidaria.

Mariátegui se ubica dentro de un sentido del “tiempo” y de los “ritmos” del proceso social y político peruano, que estaba muy marcado por la dinámica de maduración del movimiento social. Y es esta lógica “societal” la que explicará, en gran parte, su aparente retraso en la fundación del Partido Socialista Peruano. A pesar de que éste era un viejo proyecto, que más de una vez le había rondado en la cabeza, el partido debía surgir “al interior” del movimiento social como una expresión política genuina de los obreros y campesinos organizados. Aricó observa, con acierto, que más que un presupuesto, el partido debía materializarse como el resultado de la lucha social donde el proletariado, valiéndose de este instrumento, aglutinaría a las grandes mayoría nacionales. Ya que había que ensayar una alternativa contra-hegemónica en la que se fuesen articulando, democráticamente, una pluralidad de sujetos sociales con las mismas prerrogativas. Ahí residiría el núcleo problemático de una manera de hacer política que entra en relación polémica con las tesis jacobinas de la revolución, incluidas las de Lenin en el *¿Qué hacer?* y en el transcurso de la revolución bolchevique. Asunto que hoy en día se pone reiteradamente sobre el tapete al hacerse el análisis crítico del colapso del “socialismo realmente existente”.<sup>9</sup>

---

8. Sobre esta cuestión puede verse A. Ibáñez, “Mariátegui, educador socialista”, en la revista *Memoria* No. 59, México, 1993. Adriana Puiggrós afirma, a su vez, que “entre el sentido común y el socialismo como proyecto compartido por grandes sectores sociales, Mariátegui ubicó la tarea del intelectual-maestro, quien se reconstituyó en el curso de su vinculación con las clases populares peruanas. Este vínculo es específico, adquiere características peculiares en cada situación nacional: las contradicciones raciales, generacionales, sexistas, la cuestión sindical, las luchas reivindicativas, ocupan en el esquema de Mariátegui un lugar propio, pero siempre articulándose a un eje central: la lucha de clases”. “Discusiones y tendencias de la educación popular en América Latina”, en la revista *Tarea* No. 17, Lima, 1987, p. 10.

9. En su *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninista* Oscar del Barco concluye que “podemos intentar una especie de apotegma del leninismo: quien está en posesión de la teoría (la conciencia, la ciencia, el saber o la verdad) puede decidir; o de otra manera: la teoría funda la decisión. Esta inversión del marxismo es la que estructura, primero, un partido que se autoproclama la vanguardia del proletariado en razón del conocimiento general, teórico, y la que determina, en segundo lugar, la conducta política del partido. De otra manera, ¿cómo explicarse la supresión de toda oposición, tanto fuera como dentro

## La revolución social

La trayectoria seguida por Mariátegui nos convence de que la misión que se asignaba no era el derrocamiento de un régimen político cualquiera, sino más bien la reconstrucción del todo social. Por eso, retomando uno de los postulados más hondamente marxistas, rechaza la caracterización de la revolución como un hecho meramente político. Por sobre todo, la revolución tenía que plantearse como un hecho económico y social, protagonizado por los mismos productores. Así es como el crecimiento y la unificación de movimiento social autónomo de los trabajadores, y del pueblo en general, se va instituyendo como una alternativa sociocultural, y no sólo política, al “orden” imperante. Este enfoque de la cuestión es el que le posibilita no perder de vista, a cada momento, lo que representa aspirar a una revolución integral de la vida nacional. Así pues, como lo enfatiza César Germaná, “Mariátegui percibió la revolución como un proceso social que significaba un cambio en el modo de producir, de consumir, de gobernar, de sentir y de pensar. No era un hecho político el asalto al poder del Estado y su utilización por una nueva clase social. Se trataba, por el contrario, del movimiento real de las organizaciones de los trabajadores en su esfuerzo cotidiano por alcanzar una sociedad diferente. Las fuerzas sociales que luchaban por la revolución irían impugnando las diversas formas de explotación en todos los ámbitos de la vida social”.<sup>10</sup>

Ahora bien, es este universo ideológico y político el que no coincide y entra en conflicto con las orientaciones de la Internacional Comunista, por un lado, y con el Apra de Haya de la Torre, por otro, en el ámbito local. Sucede que, como lo ha tematizado Alberto Flores Galindo, tanto la III Internacional como el Apra en gestación, compartían el mismo modelo de un partido monolítico, jerarquizado

---

del partido? ¿Cómo explicarnos la supresión de los soviets como órganos del gobierno popular, y la supeditación de los sindicatos al aparato del Estado? ¿Cómo explicarnos la violencia frente a los campesinos? La teoría, entendida como verdad, es igual a un muro que impide ver y oír, es esencialmente tautológica, convierte a sus portadores en máquinas despóticas que suprimen a los Otros y sólo escuchan el eco de sus propias voces”. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1980, p. 180.

10. C. Germaná, “Socialismo y democracia en el pensamiento político de José Carlos Mariátegui”, en *José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento*, Amauta, 1993, pp. 161-162.



y vertical, que implicaba la subordinación del movimiento social a una dirección centralizada.<sup>11</sup> Igualmente se producía una discrepancia en lo tocante al sistema de alianzas de clase, ya que si bien el Apra mostraba una posición desdeñosa con respecto al movimiento obrero y campesino, la Internacional defendía en ese instante la táctica obrerista de “clase contra clase”, que evidentemente no podía compartir Mariátegui. Finalmente, cabe anotar que si Haya de la Torre y los apristas proponían la creación de un fuerte “Estado antiimperialista”, la concepción estratégica de la Kominintern, de haber tenido éxito, probablemente se hubiera plasmado en una variante más del “socialismo de Estado”. Mientras que la posición antiautoritaria de Mariátegui, más allá de cualquier visión estatista de la política, apuntaba a un rechazo radical de todas las formas de despotismo de poder y veía más bien en el socialismo la concreción de una racionalidad solidaria de democracia directa.<sup>12</sup>

Aquí evocamos una dimensión muy importante de la utopía mariateguiana que contrasta vivamente con el realismo pragmático que pareciera reinar en nuestros días. La actualidad de Mariátegui, por tanto, reposaría en el profundo espíritu libertario que impregna a toda su obra crítico-práctica. Espíritu libertario que tal vez encuentre sus fuentes de inspiración en el anarco-sindicalismo de la época y en la influencia de Georges Sorel, en la experiencia de los soviets y de los consejos populares, así como en las inquietudes descentralistas de las provincias y en las tradiciones comunitarias del campesinado indígena; pero que, en todo caso, es

---

11. Para el caso de Haya de la Torre, Flores Galindo ha enfatizado su ligazón con la tradición “caudillista” de la historia peruana. Al respecto ver su artículo: “Un viejo debate: el poder”, en *Socialismo y Participación* No. 20, Lima, 1982, pp. 15-23. Este es el claro reproche que le hace Mariátegui cuando, en 1929, escribe a Esteban Pavletich y señala que “Haya se ha situado en un terreno de caudillaje personal oportunista y pequeño burgués”. *Correspondencia*, Lima, Amauta, 1984, t. II, p. 634.

12. César Germaná anota que “el examen de la participación de los campesinos indígenas en la comunidad y de los obreros en el sindicato, lo llevó a considerar otro tipo de organización política, donde las funciones estatales no se autonomizarían en relación con la sociedad. Estas organizaciones de democracia directa -que significaban el rechazo de la representación, mecanismo básico de la democracia liberal- constituían la vía por la cual el poder se iría socializando, hasta dejar de ser una función especializada y separada de la sociedad. Las organizaciones autónomas de los trabajadores serían los órganos de la democracia directa”. “La democracia directa. El poder político en el ‘socialismo indoamericano’ de José Carlos Mariátegui”, en la revista *Páginas*, No. 127, Lima, 1994, p. 34.



susceptible de sugerir la configuración de una cultura política “autogestionaria” para nuestro hoy histórico.<sup>13</sup> No se hace a partir del protagonismo principal y excluyente de los partidos políticos, que con frecuencia todo lo supeditan a su virtual o real administración estatal, sino desde la consolidación del proceso de auto-organización y autogobierno de los dominados en forma democrática y articulada, ya que la política, como lo sugiere Castoriadis, debería ser un proyecto de autonomía, de una actividad colectiva reflexiva y lúcida que se orienta a la institución global de la sociedad como tal. Lo cual supone impulsar la generalización de las iniciativas autogestionarias de democracia de base en los distintos movimientos sociales y en las diferentes esferas de la actividad social, al mismo tiempo como medio y finalidad de la transformación radical. De este modo, la “creación heroica” de la que hablaba Mariátegui en su perspectiva autónoma, continuará significando el desafío de construir desde abajo, en medio de la vida cotidiana, la democracia, la nación y el socialismo.<sup>14</sup>

---

13. Con razón sostiene Aricó que “la vigencia del legado de Mariátegui se instala en esta lección de método que, sigo persuadido, pertenece a la esencia viva del marxismo. De otro modo no podríamos responder a la pregunta de por qué, si los temas, los problemas y los paradigmas en torno a los cuales la reflexión de Mariátegui se abrió paso ya no tienen estrictamente que ver con una realidad en profunda mutación, nos seguimos refiriendo a él para imaginar un socialismo renovado en su manera de considerar el mundo de los humanos y las posibilidades de su transformación. Yo pienso que lo hacemos porque creemos encontrar en dicha lección una dirección de búsqueda, una senda extraviada, que nos lleva a reencontrar el filón democrático y antiautoritario subyacente en el discurso de Marx”. “El marxismo en América Latina”, op. cit., p. 130.

14. Como dice Gustavo Gutiérrez: “aquí hay algo muy interesante en Mariátegui, sobre todo en una época en la que uno de los empeños de un pretendido pragmatismo y un realismo rastreador es, de alguna manera, robarle al pueblo pobre su utopía, expropiarle la utopía. Mariátegui nos ayuda a que ese despojo no tenga lugar y, si ha sucedido, a devolverle a este pueblo la utopía de libertad, de justicia, de dignidad humana, de una sociedad en la que la belleza sea también importante, como lo era para Mariátegui”. “Mariátegui: un hombre libre”, en *Páginas*, No. 127, op. cit., p. 59. Pablo González Casanova reelaborando la problemática, se coloca en una perspectiva similar a la de Mariátegui, en “La democracia de los de abajo y los movimientos sociales”, en *Memoria* No. 54, México, 1993.

---